
CAPITULO XXI

Martirio sin gloria.--Heroísmo del amor filial.--El puerto de paz.

I

La carta del conde quedó sin respuesta.

Clemencia no podía escribir. Su agitación extrañamente violenta, solo le permitía levantar sus ojos al cielo, pidiéndole valor para sufrir la ruda prueba que le esperaba.

Llegó, por fin, la noche del siguiente día.

Clemencia tenía los ojos secos de llorar y el corazón yerto de sufrir. Los ocho años de tormento, de tristeza, de pasión comprimida, aquellos ocho años, que resumían una juventud, sacrificada en el altar del deber, se presentaban dulces y hermosos á su memoria, comparados con lo que entonces sentía.

El único hombre á quien había amado estaba cerca de ella.

¡El también había conservado dentro de su pecho aquel amor, nacido en una fecha tan remota que, durante su plazo, otros hombres agotaban su corazón, corriendo tras de brillantes y ruidosos goces!

¿Cómo pagarle tanto cariño, tan rara constancia?

¡Ah! ¡Muy amarga debía ser la recompensa!

Cuando los pasos del conde resonaron en el sombrío callejón, lanzóse Clemencia á la ventana de su cuarto, como impulsada por una fuerza magnética.

Sus padres dormían. Eran las once, y la luna llena enviaba aquel rayo consolador que destinaba siempre para alegrar á Clemencia.

El ramo de violetas, colocado en un vaso de cristal, despedía un suave perfume, y la blanca paloma aleataba en su jaula.

Al ver la sombra del conde, Clemencia se apoyó estremecida en la madera de la ventana y llevó la mano al corazón, que parecía querer romper la cárcel de su pecho.

El conde se dirigió á la baja ventanilla para buscar la contestación á su carta, entonces vió á la pobre jóven, inmóvil como una estatua y cuyo semblante, alumbrado por la luna, parecía de mármol.

—¡Clemencia! gritó con un acento arrancado de lo más hondo de su corazón.

Clemencia no contestó. La emoción la ahogaba.

—Clemencia, continuó el conde, al verte aquí creo asegurada mi felicidad, porque conozco tu nobleza y sé que no podías darme esperanzas que no hubiera de ver cumplidas.

Clemencia hizo un esfuerzo supremo y contestó con voz quebrantada y triste:

—He venido, señor conde, porque deseaba mucho asegurarle de que mi amistad no se ha entibiado con el tiempo, y para darle gracias porque me conserva la suya en medio de mis desventuras.

—¡Sí, sí! ya sé que la desgracia ha descargado sobre la cabeza de usted su mano terrible! respondió el conde, adoptando con triste orgullo el lenguaje ceremonioso de Clemencia; por eso he volado á consolar á usted y á ofrecerle mi corazón para escudo de sus dolores.

—¡Gracias, gracias, conde! murmuró Clemencia, que no podía contener su llanto, cada instante más copioso y desgarrador.

El conde atribuyó aquellas amargas lágrimas al sentimiento de sus pesares, y lo respetó guardando silencio.

—¿Y mi hermana? preguntó por fin Clemencia haciendo un nuevo y más poderoso esfuerzo para serenarse: ¿la ha visto usted desde que salió de Madrid?

A no impedirlo la oscuridad de la noche, Clemencia hubiera notado en las facciones del conde una expresión de disgusto y de repugnancia; pero

la pobre jóven no pudo descubrirla, y al ver el silencio de su interlocutor, repitió su pregunta.

—Paulina es feliz, contestó friamente el conde.

—¿De veras?

—Su esposo ha sido nombrado embajador por su nación, cerca del emperador de los franceses.

—¡Y Paulina no nos lo ha escrito! exclamó amargamente Clemencia.

—Paulina es una mujer *de moda* en toda la verdadera acepción de la palabra, repuso el conde con un tono de voz, que daba á entender muy fácilmente que semejante conversacion le hacia daño: el placer es su vida y no se acuerda de otra cosa que de correr en pos de él.

—¡Dios mío! ¡Ni aún de mi madre que la amaba tanto! . . . murmuró Clemencia, con doloroso asombro.

—De su madre ménos que de nadie: alguna vez nombra á su padre y á su hermana, pero jamás á su madre: los mortales, por esa chispa divina, imágen del mismo Dios y que se llama alma tenemos un instinto admirable de justicia, y sólo amamos á los seres que nos hacen buenos con su ejemplo ó con sus correcciones: nuestros afectos se extienden á veces á los indiferentes ó inofensivos: pero nunca podemos profesar cariño ni estimación á aquellas personas que se han complacido en viciar nuestro corazón y nuestros sentimientos con culpables condescendencias; es ley amarga, pero justa, de la naturaleza, y quizás

es una de las pocas que se cumplen con inexorable exactitud.

II

—Pero hablemos de nosotros, continuó el conde, deseoso de dar otro giro á los tristísimos pensamientos que, al parecer, embargaban á Clemencia, y deseoso también de ver iluminado con el sol de la ventura el horizonte de su porvenir; hablemos de nosotros, Clemencia, y hablemos ya con la franqueza, con la lisura que tanto he anhelado y que jamás me he atrevido á usar; dejemos las vanas fórmulas de la sociedad y séame permitido preguntar como los hijos de los antiguos patriarcas á la mujer de su amor: ¿quieres ser mía?

Clemencia no pudo contestar más que con un tristísimo suspiro.

—Responde, prosiguió el conde con más fuego todavía; respóndeme Clemencia: yo vengo á poner á tus piés mi nombre y mis riquezas: ven á ofrecerte mi mano. ¿La aceptas?

—No puedo, contestó la jóven, recobrando de repente toda su entereza; no puedo aceptarla.

—¿Por qué?

—Mi vida es de mis padres.

—Serán mis padres también.

—¡Ah! exclamó Clemencia con un doloroso

arranque. ¿No sabes que rehusé seguirte cuando estaban buenos? ¿Cómo he de poder dejarlos ahora que están enfermos y desvalidos?

—Seremos dos á cuidarlos.

—¡Sólo al corazón de una hija pueden ser gratos los desvelos que necesitan!

—Pero tú se los prodigarás. . . .

—Yo te repetiré ahora lo que te dije hace ocho años.

—¡Ah! exclamó el conde retorciéndose sus manos; no me repitas nada de lo que me dijiste en aquella época fatal, porque cada una de aquellas palabras me arrancó una esperanza!

—Es preciso, para que conozcas que no es falta de amor lo que me hace renunciar á tí, y que sólo un imperioso deber me aparta de tu lado: te dije que, casada, mi tiempo y mis cuidados mejores serían para mi esposo y que forzosamente tendría que desatender á mis padres. . . . lo que entónces hubiera sido culpable, sería hoy espantoso.

—Pero, si yo les robo una parte de tu amor, mis riquezas les compensarán con todo género de comodidades.

—¡Vivir mis padres de limosna pudiendo mantenerlos yo! gritó Clemencia haciéndose atrás horrorizada; ¡nunca señor conde, jamás!

—¡Pero desdichada! exclamó el conde cuyo dolor extraviaba su razón, reflexiona que tienes treinta años. . . . que mi amor ha sobrevivido á

todo. . . ¡pero que no hay quien comprenda lo que vales como yo! . . . ¡que te encontrarás sola, con una vejez anticipada por los dolores, por el aislamiento, por la pobreza!

Un movimiento brusco de Clemencia interrumpió al conde; ésta abrió de par en par la ventana y mostró al exasperado amante á sus ancianos padres dormidos uno junto al otro en dos grandes sillones de gutapercha.

—En tanto que esos míseros ancianos vivan, dijo Clemencia, mi sitio está entre los dos; ahí viviré: por conquistar ese sitio he pasado una juventud solitaria, y únicamente los abandonaré cuando los haya dejado acostados en sus tumbas!

Un largo silencio sucedió á estas palabras.

Luego el conde tomó la diestra de Clemencia y la besó respetuosamente. Aquella mano estaba temblorosa y abrasada.

—Admite al ménos una corta pension para tus padres, dijo el conde tímidamente y en actitud ya de alejarse.

—¿Cómo he de admitir dinero para ellos de una persona extraña, si por no partir la santa alegría de sustentarlos, rehusó por esposo al hombre á quien amo tanto? contestó Clemencia con desgarradora sonrisa.

—Adios, continuó rompiendo de nuevo el silencio que habia vuelto á reinar: este hábito de la Soledad, que llevo desde que renuncié á tu compañía, es el símbolo de la soledad de mi co-

razon y del luto que llevo por mi felicidad.

El conde se alejó lentamente.

Clemencia le siguió con una tristísima mirada.

Cuando le perdió de vista, le pareció que se desataban todos los lazos de su sér, y cayó sin sentido sobre el pavimento, murmurando con voz sofocada:

—¡Ya he apurado el dolor más amargo de la vida!

III

Desde aquella funesta noche se fué apagando la existencia de Clemencia. Todas sus distracciones habituales, la música, los dibujos, los libros, todo quedó olvidado.

Un dolor sordo y amargo la consumía en la soledad de su cuarto. A veces pasaba horas enteras sin hacer ningun movimiento, sin que un rayo de inteligencia asomase á sus nublados ojos. Otras rezaba en alta voz para romper el aterrador silencio que la circueja, porque su madre habia caído en una inmovilidad y una atonía casi tan completas como las de su padre.

Aquella madre, que tan imprudente habia sido, aquella mujer, que habia amado el mundo hasta el extremo de verse abandonada por él, en vez de abandonarle prudentemente, sentía ahora el dolor más cruel, al pensar en la ingratitud de

su hija menor, que vivía en medio del fausto y de la opulencia.

Los remordimientos la devoraban; pero en su carácter, acre y violento, sólo servían para exasperarla más contra su suerte.

La conducta de Clemencia para con ella le parecía una acusación silenciosa, un reproche continuo por el abandono en que siempre la había tenido; y apenas pagaba con una palabra que no fuese amarga sus cuidados y atenciones.

Así la pobre mártir no tenía ni aún la recompensa de la gratitud por parte de aquellos por cuyo bien había sacrificado la dicha de toda su vida.

El idiotismo de su padre, la dolorosa exasperación de su madre, incapacitaron á entrambos de todo sentimiento dulce.

De este modo pasaron otros tres años. Durante ellos la buena y anciana hermana del sacerdote, que ocupaba la otra casita del callejón, no vió salir á Clemencia de su casa más que para ir, al rayar el alba, á oír misa á una capilla muy cercana.

Llegó un domingo, sin embargo, en que no la vió salir: preguntó á la anciana criada si ocurría alguna novedad y le contestó que el señor estaba muy malo; que no hablaba ni abría los ojos y que se había llamado á un médico que no daba ninguna esperanza de salvarle.

Al anocheecer de aquel día entró el Viático en

casa de Clemencia, y al rayar la primera luz del siguiente día exhaló su padre el último suspiro.

Clemencia no se apartó ni un instante del lado de su padre; le cuidó en su enfermedad con increíble esmero, cerró sus ojos y le colocó en el ataúd.

La muerte de su esposo fué un golpe fatal para la señora de Cervera. Cayó ésta en una abstracción sombría y en silencio tan obstinado, que nada bastaba á hacérselo romper, y aun no había trascurrido un año de su viudez cuando Dios la llamó también á su seno.

IV

El mismo día que la desdichada anciana fué depositada en su sepulcro, y á la hora en que el crepúsculo de la tarde empezaba á reemplazar á la brillante luz del día, Clemencia, vestida de negro, y envuelta en una tupida mantilla, se dirigió sola y á pié al cementerio, y se arrodilló entre las sepulturas que encerraban los restos de sus padres.

—¡Adios! exclamó sollozando; ¡adios, seres queridos, cuya vida, cuya compañía eran mis únicos bienes! Decid al Eterno Señor de todo lo criado que os cuente lo que he perdido por vuestro amor, y consoladme desde el cielo de la mayor de mis pérdidas. . . . de vuestra muerte! . . .

—Aquí estoy, Clemencia; murmuró á su espalda una voz que la hizo estremecer; vengo á partir contigo ahora tu pena. . . luego la felicidad.

Clemencia tendió llorando una de sus manos al conde; éste la tomó, y sin soltarla, se arrodilló sobre aquella doble tumba, donde oró un breve rato.

Después se levantó, pasó bajo el suyo el brazo de Clemencia, y salió con ella del cementerio, conduciéndola á casa de su anciana madre, con quien vivía ya enteramente solo, por haberse casado sus dos hermanas.

La condesa recibió á Clemencia en lo alto de la escalera, y al verla llegar con su hijo le abrió los brazos diciendo.

—¡Bien llegada sea mi querida hija á la casa de su madre, y haga Dios que halle en ella la felicidad igual á la que va á derramar en torno suyo! ¡La que ha sido modelo de hijas, será también modelo de esposas y de madres.

V

Un mes después, se celebró el casamiento de Clemencia con el conde.

La anciana condesa no permitió más dilaciones, temerosa de que se escapase á su hijo aquel tesoro.

Tal temor no era, en verdad, infundado al ver á Clemencia.

Pálida ésta como una estatua de cera, flaca como una sombra, con sus grandes ojos hundidos, parecía amenazada de un cercano fin.

Aun era, no obstante, una mujer encantadora y sus treinta y cuatro años podían arrebatarse más corazones que los que, á esta misma edad, hizo esclavos suyos María Antonieta de Francia.

El conde contaba los mismos años, y podía decir que, como los amantes de Teruel, él y Clemencia habían visto la luz *en un día y á una hora*.

Para ir á la iglesia quitóse Clemencia el hábito de la Soledad, reemplazándole con un riquísimo traje, regalo de su nueva madre y el primer valor que en su vida había usado: cubrieron sus cabellos de diamantes y la misma condesa colocó en su cabeza el velo nupcial.

Clemencia recobró pronto la salud. Su padecimiento era moral, y la dicha la hizo más hermosa, más risueña que había estado nunca.

Un año después de su matrimonio llegó Paulina á Madrid.

Aunque ésta contaba un lustro menos que su hermana, su belleza había desaparecido por completo. Su graciosa fisonomía se había vuelto dura y ceñuda, porque sus caprichos nunca contrariados, habían dado á su carácter una irascibilidad increíble.

El apacible y encantador semblante de Clemencia, conservaba la dulce frescura del lirio del valle.

Paulina, cuyo marido hacía largo tiempo que estaba aburrido de ella por su carácter frívolo, y por todos aquellos defectos inherentes á la mujer vulgar, se hizo mordaz, envidiosa é inaguantable.

El mundo habia agostado su juventud y viciado su carácter.

Quiso hacerse devota, pero la religion nada decia á aquel corazon seco y á aquella alma fria y destituida de toda elevacion.

Clemencia vive hoy dichosa, haciendo la felicidad de cuantos la rodean, y viéndose cercada de tres hijos que le pagan el sublime sacrificio que hizo por sus padres.

CAPITULO XXII

Felicidad.

I

Si buscamos la felicidad completa en el mundo y sus habitadores, no la encontraremos jamás.

La felicidad existe únicamente en nosotros mismos; su germen está en nuestra alma: y en este último capítulo voy á repetir, por la vez postrera, lo que tantas en el discurso de este libro llevo dicho.

Los medios de hallar la felicidad los tiene en su mano la mujer.

Sea religiosa con sinceridad, dé alimentos sólidos al corazon y á la cabeza, y será feliz.

El hastío es el más implacable enemigo de la felicidad de la mujer; pero el hastío nace de la ociosidad ó del abuso inmoderado de las diversiones.

No es en los bailes, en los espectáculos, en el